

SÁBADO 11 DE SETIEMBRE DE 1886.

ASESINATO

DEL

GENERAL PRIM.

ADVERTENCIA



HEMEROTECA
MUNICIPAL

MADRID

Un error involuntario que no advertimos á tiempo para corregirlo, nos hizo decir en la página 212, línea 14 de la hoja anterior, el *diputado D. Eleuterio Martinez*, en vez del *llamado D. Eleuterio Martinez*, que es lo que debe leerse,

Hacemos esta salvedad no solo por rendir culto á la verdad si es porque no gustamos de engalanar con timbres que no les corresponden á las personas á quienes nos vemos precisados á citar.

LOS ASESINOS DEL GENERAL PRIM

SEGUN RESULTA DEL PROCESO Y OTROS DATOS.

ACUSACION PRIVADA.

(Continuacion).

Los que hayan leído con atencion las hojas últimas, tal vez hayan podido creer que en lo que llevamos manifestado respecto á las pretensiones de ocupar el trono de España que abrigaba en 1870 el Exce-

tísimo Sr. Duque de Montpensier y la íntima relacion establecida, no por virtud de nuestra argumentacion sino por la de los hechos mucho mas elocuentes que las palabras, entre tales aspiraciones y el crimen de que fué víctima el inolvidable general Prim, hay cierta inquina por nuestra parte contra aquel personaje, aparte de nuestra diversidad de criterio en política, que nos ha colocado siempre entre los contrarios de su candidatura y decididos defensores de otras soluciones que estimamos mas beneficiosas para el país en que nacimos.

Protestamos de semejante creencia si efectivamente la tiene una parte del público y para demostrar la sinceridad de esta protesta, nos basta recordar que no habiendo celebrado con dicho Señor Duque mas que dos conferencias de pocos momentos, una en la que nos presentamos á él con la tarjeta del señor Topete ofreciéndole nuestros servicios á nombre de la sociedad que en París se creó simuladamente para apoyar su elevacion al trono y la segunda, una vez aceptada nuestra cooperacion, en la que nos dijo nos entenderíamos en todo y por todo con su ayudante el Coronel Solís.

No habiendo habido otro trato, no existiendo mas relacion que algunas palabras cambiadas en esas dos circunstancias, no puede admitirse motivo alguno particular de resentimiento que nos haga concebir el deseo de venganza é impulse á desviarnos del camino que nos hemos propuesto seguir en este asunto y se reduce á narrar con toda fidelidad los hechos, dejando á cargo del público que los aprecie con sujecion á su criterio y emita su fallo.

Y por si, aparte de esta prueba moral de que no podemos aunque adversarios políticos, abrigar contra el señor Duque de Montpensier encono alguno privado, no bastase, añadiremos comprobando nuestro aserto que desde el 15 de Noviembre de 1870 hasta el 16 de Mayo del año siguiente, no obstante hallarnos presos y sufriendo todas las penalidades inherentes á tal situacion, nada hicimos, nada digimos en nuestras declaraciones que comprometiese poco ni mucho al señor Duque de Montpensier ni á sus agentes, á pesar de que el señor Solís no se dignó contestar á dos cartas que le dirigimos en los 7 meses comprendidos entre ambas fechas.

Quien se haya visto con ó sin motivo sometido á la accion de los tribunales de justicia, podrá comprender cuan difícil es encerrarse en un mutismo absoluto burlando las argucias empleadas por los jueces para que declaren los acusados de quienes esperan la revelacion de aquellos hechos cuyo conocimiento les interesa por razon de su cargo, y sabrá que es casi imposible resistir á la tentacion de manifestar aquello que se sabe y compromete á las personas de quienes se tiene motivo de queja.

Basta lo expuesto para dejar en claro este punto y no hemos de insistir en sincerarnos de un cargo gratuito á todas luces si por acaso hubiere algun interés en zaherirnos ó en dar á nuestras revelaciones un giro poco conforme á la verdad y honradez de los propósitos que nos animan.

¿Cómo y por qué, resistí durante siete meses á todos los ruegos, á todas las sujestiones y á cuantos esfuerzos se intentaron para hacerme declarar en la causa?

¿Cómo y por qué me decidí al cabo de ese período á facilitar cuantos datos y antecedentes poseia y que eran *tan completos* que no solo hicieron imposible de todo punto el triunfo de la candidatura del Duque de Montpensier al trono de España, en lo sucesivo, si que bastaban para señalar con certeza de dónde partiera el golpe que hirió mortalmente al general Prim?

La primera pregunta queda contestada fácilmente, y aunque ya me he referido en otra parte de esta publicacion á los hechos más culminantes acaecidos en los últimos meses de 1870, he de recordarlos para justificar mi silencio que tanto dió que hacer al señor juez de la causa de *tentativa de asesinato del presidente del Consejo de ministros*, por la que se me procesó.

Ya hice mencion en la página 112, que despues de permanecer incomunicado por espacio de diez y seis dias, durante los que ocioso es decir que ni pude dar cuenta al general Prim de mi situacion, ni este pudo hacer otra cosa que sospechar me habia ocurrido algo grave, tuve con él una conferencia en el Ministerio de la Guerra al dia siguiente de hallarme en comunicacion por auto del juzgado, conferencia que duró más de tres horas y á la que asistí acompañado de los señores juez y fiscal de la causa, si bien estos últimos no la presenciaron por indicacion mia.

En ella, como es natural, hice saber al general Prim, cuanto se tramaba para atentar á su vida, como lo hice despues de todo lo que pude averiguar respecto al propio asunto, pero á pesar de hallarse prevenido, fuera temeridad, fuese un accidente fortuito que forzosamente hubiera de ocurrir por tenerlo ya previsto en sus altos designios la Providencia, el hecho es que el crimen se cometió precisamente el mismo dia que se habia firmado el *auto decretando se nos pusiera en libertad á los detenidos por la causa de tentativa*, en virtud de que el juzgado reconocia no haber méritos para seguirla.

Consumado el crimen, no se cumplimentó el auto anterior, uniéndose esta causa no obstante mi protesta á la que se instruyó con dicho motivo, y de cuyos méritos he hecho mencion detallada segun su importancia, para que ahora juzgue innecesario enumerarlos nuevamente.

Ahora bien; dados mis propósitos de defender en la sombra la vida del general Prim y desbaratar á la vez los manejos montpensieristas, no se necesitan muchos esfuerzos de inteligencia para comprender por qué callé en el período citado. La mas pequeña revelacion, el dato mas insignificante que hubiese proporcionado á los tribunales con mis declaraciones hubieran servido ciertamente para poner en guardia á mis aparentes aliados, privándome de saber todo aquello que á mis fines convenia, y aunque una vez consumado el delito, dejaba de tener objeto la primera parte de mi mision, no puede perderse de vista que la segunda era tan importante ó más que aquella, por cuanto precisamente para lograr esta, se recurrió al asesinato por los que manifestaron vivo interés en alcanzarla.

Por otra parte, me hallaba comprometido en todos los trabajos de conspiracion á que ya me he referido en hojas anteriores, jugaba un papel importante en ellos, tenia compromisos que cumplir y habia adquirido en virtud de los que conmigo contrajera el Sr. Solís, y estaba no solo en mi perfecto derecho de exigirle los llenara, sino que de no

hacerlo así le daba ocasion para ponerse en guardia contra mí, inutilizándome por completo para ayudar á la causa que defendia.

Hé aquí la razón por qué callé durante los siete meses trascurridos desde el 15 de Noviembre de 1870 hasta el 16 de Mayo del año siguiente en que convencido por experiencia de que mis reclamaciones no eran atendidas por cuanto el Sr. Solís no se dignó contestar á las dos cartas que le dirigí y le fueron entregadas, buscando luego en la fuga medio de eludir el cumplimiento de cuanto prometiera ya autorizado por su patrono, bien de propia iniciativa, me determiné á seguir otro rumbo.

Curiosas son por demás las consecuencias que se derivan de tal conducta: hago sin embargo caso omiso de ellas, porque los comentarios que el público podrá hacer, serán á no dudar sabrosos, pero si alguna vez el Excmo. Sr. Duque de Montpensier recuerda estos sucesos y se lamenta del mal éxito que ha obtenido como aspirante al trono de España, no debe culpar ciertamente de él á sus leales adversarios, á los que con más condiciones de energía, habilidad ó fortuna le han vencido en buena y honrosa lid; sinó á quienes con el pomposo título de adictos entusiastas y partidarios ardientes, le han hecho todo el daño posible apareciendo con su inequívoca conducta como sus más encarnizados enemigos, y le han obligado á gastar en cábalas é intrigas inútiles, en sublevaciones abortadas y en manejos de la peor especie, una parte de su fortuna cuya inversion no habrán justificado seguramente á juzgar por lo que se refiere á la parte reservada como recompensa por mis servicios y los de mis aliados, que no hemos percibido, ni cobraremos jamás.

La segunda de las preguntas que anteriormente hemos formulado, se contesta tambien sin gran esfuerzo, y queda plenamente justificada por sí misma.

Convencido hasta la evidencia de que el señor Solís no habia de cumplir nunca por razones que desconozco aunque presumo, lo estipulado conmigo y viéndome por la escasez de mi fortuna imposibilitado de satisfacer las justas demandas que mis aliados Ruperto Merino, Tomás Carratalá, Estéban Sáenz y Martin Arnedo, presos como yo en el Saladero, me hacian por virtud de su angustiosa situacion y deseando como era natural recompensarles la lealtad con que siempre me ayudaron en todos mis trabajos, y evitar que pudieran sospechar siquiera que la falta de cumplimiento de mis promesas era hija de otra causa que de la inexplicable conducta del señor Solís, hube de decidirme á buscar un apoyo en nuestra comun desgracia ya que la muerte violenta del general Prim nos privó del que este nos prestara generosamente á cuya causa estuve afiliado antes y despues de la revolucion de 1868, mereciendo por mi lealtad nunca desmentida y en todo tiempo, su ilimitada y completa confianza.

Una circunstancia fortuita, hizo que no demorase mas la norma de conducta que me habia propuesto seguir en lo sucesivo y cuyo cambio queda justificado con las razones que dejo expuestas.

Conociendo el juez de la causa que sólo de mi podia obtener los datos necesarios para su terminacion, hubo de recabar del ministerio que á la sazón presidia el señor Duque de la Torre, que uno de los ministros celebrase una conferencia conmigo y al efecto fué autorizado para

dicho objeto por todos sus compañeros de gobierno, uno de ellos cuyo nombre no hace al caso por ahora, á quien se concedieron por medio de documento suscrito por todos, que conservo en mi poder como oro en paño, para arreglar la cuestion en la forma y con las condiciones que juzgase más conducentes.

Una vez acordada por el gobierno la entrevista y hecha que me fué por el señor juez la oportuna indicacion para verificarla que acepté sin dificultad, fuí acompañado del mismo al respectivo Ministerio, donde sin hacer antesala estuvimos mas de dos horas en amigable conversacion, el jefe de dicho departamento, el juez que entonces entendia en la causa y el autor de estas hojas.

Allí, con perfecta tranquilidad, la del hombre que cumple un deber y sin ambages ni rodeos, hice relacion detallada del motivo de mis relaciones con el difunto general Prim, de los servicios que tuve ocasion de prestarle como uno de sus mas activos agentes mientras estuvimos emigrados desde Enero de 1866 y despues de la revolucion del 68 y de las causas que me habian impulsado siguiendo las instrucciones de aquel, á ofrecerme con toda mi gente al señor Duque de Montpensier para coadyuvando en apariencia á la realizacion de sus planes políticos, destruirlos, sin otro móvil que el de conservar la para mí preciosa vida del general Prim y las aun mas preciadas conquistas revolucionarias que veia en peligro, por las que habia sacrificado mi reposo é intereses y en mas de una ocasion expuesto mi vida.

La sinceridad de mis revelaciones convencieron bien pronto al Ministro y juez aludidos de mi conducta leal y aun mas se persuadieron de este extremo cuando sin otra garantia que su honrada palabra de caballero, puse á su disposicion cuantos documentos, telegramas y correspondencia habian mediado entre el señor Solís y yo, referentes á los manejos montpensieristas y corroboraban mis asertos, siéndome devueltos integros cual yo los exhibiera, á los tres dias de celebrada la conferencia á que me refiero.

Persuadidos debieron quedar despues de su exámen de la certeza é importancia de mis revelaciones, y graves debieron parecerles sin duda los hechos por mí referidos y probados, cuando el Ministerio compacto por mediacion del que antes fué autorizado para entenderse conmigo, me pidió formulase la proposicion en cuya virtud debia hacer la entrega de los papeles que aparecen en la causa y se refieren á este asunto.

Omito el detalle de estas conferencias y el de las ofertas que se me hicieron antes de dejarme en libertad de formular mis exigencias, porque seria el cuento de nunca acabar. Baste saber al público, que teniendo en cuenta lo favorable de las circunstancias para poder auxiliar cual era de mi deber á cuantos me habian seguido lealmente fiados tan solo en mi honrada palabra, y á Sostrada y Acevedo á quienes hasta entonces creia fieles á mi causa, falto del apoyo del general Prim con el que pude contar hasta su muerte en todas las circunstancias de mi azarosa vida, perdida la esperanza de que el señor Solís cumpliera los compromisos que conmigo tenia contraidos, y creyendo por último que apoyado por todo el Ministerio, me hallaba en condiciones las más favorables para vengar la muerte del ilustre general Prim; me decidí por fin á formular las bases de un arreglo, que com-

prendieran todos estos extremos, arreglo ó convenio que fué aceptado aunque no en todas sus partes, por el representante del Gobierno en nombre y con expresa autorizacion de sus compañeros del gabinete y por mí.

Dejo á la consideracion del lector el hecho elocuente de que un Ministerio que contaba en su seno personas tan identificadas con la política y aspiraciones del señor Duque de Montpensier, como D. Juan Bautista Topete, el señor Duque de la Torre y D. Adelardo López de Ayala, adoptara tan unánime acuerdo en contra de las aspiraciones de su patrocinado, permitiéndome tan solo aconsejar al público, se fije en la gravedad é importancia verdadera de mis declaraciones, que por sí solas bastaron á cambiar por completo en el ánimo de estos últimos señores, su concepto y criterio respecto al que hasta entonces fuera el único candidato al trono á quien apoyaran decididamente, no obstante hallarse ya ocupado por D. Amadeo.

Sí se comprende que los señores Ruiz Zorrilla, Sagasta, Montero Rios y demás hombres de importancia que reconocian como su indiscutible jefe en política á la víctima inmolada en la calle del Turco la noche del 27 de Diciembre de 1870, y aspirasen á vengar su muerte; no se concibe con facilidad sin admitir la evidencia de mis revelaciones, que desde el momento en que las hice y tuvieron de ellas conocimiento, volvieran la espalda á D. Antonio de Orleans sus hasta entonces más poderosos auxiliares.

Sirva lo que antecede de cumplida contestacion á todos aquellos que duden aún de la verdad con que venimos afirmando una y otra vez que poseemos datos más que suficientes para dar si nó prueba plena, la conviccion completa de quiénes son los verdaderos autores é instigadores del asesinato del general Prim.

Desgraciadamente la inestabilidad de la política y el encarnizamiento con que luchan en España los partidos, hizo que á poco de estos sucesos se rompiera la armonía ficticia ó real que hasta entonces existiera entre los hombres más significados de la revolucion de Setiembre, formándose entonces dos grandes agrupaciones, una que conocida con el nombre de partido radical, contaba en su seno á Ruiz Zorrilla, Rivero, Martos y otros no menos importantes, figurando en la segunda agrupacion y al lado del duque de la Torre, Sagasta, Topete, Ayala, estos, los elementos que procedian de la antigua Union liberal, entre los que cosechára tiempo atrás gran número de adeptos el señor Duque de Montpensier.

Mientras esta ruptura definitiva no tuvo efecto, la causa de asesinato del general Prim, siguió su curso natural, avanzando aunque con lentitud por efecto de sus especiales condiciones, y los compromisos que el gobierno contrajo conmigo, se cumplieron fielmente en la parte que se podía con sujecion á lo estipulado; pero en el momento en que se llevó á cabo una y otra, sufrimos cambios esenciales segun el color dominante en las regiones del poder.

Lo ejercian los que fieles á la bandera genuinamente revolucionaria y á la memoria del amigo inmolado, víctima de ruines pasiones, el proceso seguía sin interrupcion alguna y se hacian todos los esfuerzos imaginables por llevarle á una rápida y justa terminacion.

Bajo el mando de los segundos cambiábase de jueces como de cami-

sa, ascendiéndolos á magistrados sinó habia otro medio hábil de hacerlo, como sucedió con el celosísimo é inteligente juez del Congreso don Servando Fernandez Victorio, único que deseando llegar al completo conocimiento de los hechos, y creyendo existian méritos bastantes para ello, decretó la prision del señor Solís y la del Excmo. Sr. Duque de Montpensier, que no llegó á verificarse porque este señor residía por entonces en el extranjero.

Así cuidan del prestigio de la magistratura española algunos Ministros de Gracia y Justicia cuando sus interiores gerárquicos no se doblegan ante las exigencias de la posicion social ó del favor en elevadas regiones.

Ya no extrañará por tanto al curioso lector, que segun las corrientes dominantes en las esferas oficiales, se procediese en este asunto, ni que advertido el señor Solís por sus amigos de que se habian presentado en la causa todos los documentos que le comprometian, no solo pudiera escurrir el bulto marchando á Londres, desde donde circuló con profusion una *hoja-libelo* contra mí que acogieron con marcado interés *La Epoca*, *La Potitica* y *La Correspondencia de España*, periódicos afectos entonces al señor Duque de Montpensier; sino que consiguió hacerme víctima de las vejaciones que he sufrido durante mi permanencia en la cárcel segun ya he manifestado.

Y no es esto solo: valiéndose de su fiel aliado José Maria Pastor y empleando ofertas tanto mas galanas cuanto se hallaba dispuesto como lo hizo á no cumplir ninguna, ó amenazas tanto mas temibles cuanto que alguna de ellas se realizó, pudo conseguir que con armas y bagages se pasaran á su campo Pedro Acevedo, Enrique Sostrada, Estéban Sáenz, Martin Arnedo y José Genovés segun llevamos manifestado en el curso de esta publicacion; muriendo á mano airada durante su permanencia en la cárcel, mi cuñado Ruperto Merino.

¡Lástima grande que pues viven los dos primeros sujetos, no hablen alguna vez! ¡Que de cosas instructivas podrian decirnos y cuan pronto quedarían disipadas las sombras que aun oscurecen el tenebroso crimen cometido en la calle del Turco!

Bien se nos alcanza que el señor Solís se ha de sentir mortificado con nuestras revelaciones ya que otra cosa no pueda temer, pero si así sucede, cúlpese á sí propio que buscó la polémica cuando no contento con faltar de una manera completa á los compromisos que tenia contraidos, trató desde suelo extraño de zaherirnos sin necesidad alguna, y no debe ver en este trabajo mas que un acto de legítima defensa.

Si su conducta hubiera sido otra y puesto que lo hecho ya no tenia remedio, hubiera evitado en primer lugar el escándalo de estas discusiones y se hubiese ahorrado desde luego haber de confesar en la causa como lo hizo en su careo conmigo, que era verdad cuanto le atañía en los trabajos de conspiracion denunciados por mí á los tribunales y negando su participacion en el asesinato del general Prim, contradiciendo en un todo el contenido de las dos hojas que publicó durante su permanencia en Londres.

Hasta aquí nos hemos ocupado con toda la extension que exige asunto tan complejo, de nuestras relaciones y contratos con los ene-

migos del general Prim á cuya memoria hemos sido fieles hasta aquí, y seguiremos siéndolo en tanto nos dure la existencia y es muy justo que con la misma imparcialidad é igual lujo de detalles, espongamos á la consideracion del público los que celebramos con todos aquellos que por gratitud ó por cariño se llaman aun sus amigos, por más que muchos de ellos han prescindido ya de la primera y otros hayan dejado apagar en sus corazones la santa llama del segundo.

No es de extrañar que esto último haya sucedido aun á las personas más allegadas y que tienen la obligacion moral de conservarlo íntegro, porque desgraciadamente es verdadero el refran que dice: *á muertos é idos ya no hay amigos* y en diez y seis años hay tiempo para borrar del alma hasta las más puras y santas afecciones.

Respecto á la indiferencia de los amigos políticos del general Prim, ¿qué hemos de decir que ya no se les haya ocurrido á nuestros lectores?

Si la política no tiene entrañas y hoy obliga á cortar la mano que ayer se besára, ¿qué de particular tiene que muchos adictos á la ilustre víctima inmolada en la calle del Turco, mientras se halló en condiciones de repartir mercedes y favores á manos llenas, no dediquen siquiera un recuerdo de agradecimiento á su memoria y que aun renieguen de ella si ya nada pueden temer de sus iras?

JUAN JOSÉ RODRIGUEZ LÓPEZ.

(*Se continuará*)

IMPORTANTE.

Próximo ya el día en que ha de quedar definitivamente descorrido el velo que cubre el crimen de la calle del Turco cometido en la persona del general Prim, y siendo muchas las personas que han solicitado colecciones enteras de todas las hojas que publiquemos, se ruega al que desee adquirirlas que haga los pedidos á la mayor brevedad, pues pasado el presente mes, nos veremos en la imposibilidad de servir ningún nuevo pedido.

Al mismo tiempo se hace saber al público, que estando dispuesta la tirada de una lámina, cuya ejecucion hemos encomendado á reputados dibujantes, en la que se representan los episodios y personajes mas importantes que se relacionan con el objeto tratado en nuestras hojas, de tamaño y condiciones á propósito para constituir un cuadro digno de conservarse, se pondrá á la venta al precio de una peseta, siendo condicion indispensable acompañar á los pedidos el importe respectivo pues de otro modo la administracion no podrá atenderlos.

Los corresponsales que no solventen sus cuentas durante el mes actual, dejarán de recibir nuestra publicacion y usaremos de nuestro derecho para reintegrarnos además de publicar la lista nominal de los mismos en el último número.

El precio de cada coleccion completa será el de dos pesetas sin la lámina, y el de tres con un ejemplar *de esta*.

Tip. de Sucesores de Castro, plazuela de San Felipe '11, Zaragoza.